

BOLETIN

DE LA

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES Y LAS PLANTAS,
DE CADIZ.

ANTIGUA POLÉMICA.

Hoy que contamos con mayor espacio en que ir anotando los hechos de nuestra historia y atesorando el caudal de fuerzas vivas y de medios poderosos con que cuenta nuestra idea para propagarse y nuestra bandera para triunfar, dedicamos algunas páginas á dar noticia y á archivar en el libro de nuestros hechos una de las polémicas que se suscitaron el año 75 y que no es justo condenar al olvido, ni por cuanto interesa á nuestra Sociedad, ni por cuanto se merecen las plumas que en ella se ejercitaron.

No por vieja ha de desdeñarse aquella contienda, ni quizás por conocida, toda vez que la divulgó uno de los periódicos más populares de España, *El Globo*, hemos de perderla para nuestros anales. Antes bien, conviene recordar aquellos contratiempos antiguos de nuestra primitiva propaganda, aunque sólo sea para comparar cuanto hemos ganado en el dominio de las conciencias y cuanto vá de aquellos tiempos belicosos, en que habíamos de pelear hasta contra el talento y la ilustracion, á estos más pacíficos, en que pocas veces nos salen al paso con cierta timidez la ignorancia ó la rutina.

Hé aquí la discusion toda entera, porque es breve:

LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES.

Por fin se instaló en Madrid esa institucion benéfica, laboratorio entretenimiento de los ocios británicos, demostracion palpable de la sociabilidad humana, y de que los hombres apenas necesitan pretexto para reunirse, nombrar juntas, discutir un re-

Febrero, 15 1878.—Tomo IV.—Núm. 13.

glamento y constituirse en sociedad. Ignoro los límites á que llega en el reino animal la jurisdicción protectora de la Sociedad; es decir, si obliga á los asociados á caminar con los ojos fijos en tierra para no aplastar hormigas, y á rascarse con paciencia y timidez en el verano, para no destruir inútilmente seres animados y sensibles que cumplen providencialmente su destino, ó sólo les obliga á guardar consideraciones, reconocer derechos á los animales con que el hombre vive casi en familia, alojándolos en establos y corrales, ó poniendo los platos debajo de su mesa. Confieso que no he leído esos curiosos estatutos, ni el programa del Centro zoófilo, que, al inaugurarse en esta corte, acaso nos invite á fraternizar con el oso del Retiro.

No es la mejor ocasión para proteger á ninguna clase de animales, aquella en que los hombres se degüellan mutuamente. ¿Es que se teme vaya á desaparecer la raza humana entre nosotros, y la atención se fija en los presuntos herederos de este despoblado?

Licenciados sin brazos y sin piernas, se arrastran pidiendo limosna por los pueblos: niñas inocentes y desamparadas, son víctimas de infame especulación, sin que nadie acuda en su socorro: la usura se apodera codiciosa de los miseros sueldos y jornales: crueles sufrimientos y miserias abruman con sus quejas el corazón de las personas amantes de su prójimo, y todos los esfuerzos de la caridad y de la filantropía son ineficaces para tanto desvalimiento y tanto cruel abuso del hombre sobre el hombre.

Constituirse en sociedad para evitar sufrimientos á las bestias, cuando tantas gentes padecen sin remedio, ¿no es irónico y amargo, como el epitafio que escribió Byron en la muerte de su perro?

Seamos justos, sin embargo: los asociados no creo que participen de ese espíritu rebelde: figuran nombres en sus listas de amigos muy queridos, cuyos buenos sentimientos hacia la desgracia humana me constan hace tiempo. Un exceso de sensibilidad les permite extender aun más allá sus afecciones, como hay hombres enamorados de una dama y apasionados por su loro; ó padres de familia que quieren mucho á sus hijos y almuerzan solos con su gato. Hay otra clase de socios que lo son por temperamento ó por escuela: la dama nerviosa, que se afecta y convulsiona al ver caer la vara del carretero sobre las ancas de una mula: el partidario de la trasmigración, que cree recono-

cer á un amigo muerto en el perro que le sigue por la calle, ó en el moscon que zumba en sus oídos, como recitándole un poema: el discípulo de Lamark, que examina el esqueleto de un mono antediluviano, con la veneración del nieto más respetuoso, y el darwinista que vé en el hombre un pez perfeccionado, del cual sólo le distinguen leves modificaciones de forma y sus ideas filosóficas.

Sostienen todos que el hombre guarda pocos miramientos á los animales: en efecto, la codorniz más regalada vive en un cesto de mimbre, dándose continuamente coscorrónes contra el techo de su jaula: el gato más querido sufre mutilaciones lamentables para que sus maullidos no molesten á sus dueños en ciertas épocas del año; y el caballo de lujo recibe en paseo los espallazos del ginete. Pero si la sociedad prospera y extiende su influencia, y llega á ser Gobierno, ¡oh! entónces, acaso dará una Constitución á los pobres animales. No se podrá retorcer el pescuezo á un pollo sin sentencia de los tribunales competentes, ni entrar en la caverna del león sin violar su domicilio: para montar á un asno será preciso un contrato bilateral que obligue á las dos partes; y acomodándonos entónces á las costumbres y á los tiempos, cuando pasen á nuestro lado, ofreceremos el brazo á las gallinas.

Terrible será la suerte del fisiólogo. Las cárceles se atestarán de esos sabios crueles, que abren fistulas en el estómago del perro vivo, para observar como se cuecen los alimentos en aquella marmita misteriosa: que abren ventanas en el cráneo del burro, para que el ojo de la ciencia descubra sus ideas más cultas; y desgarran las entrañas maternas de una liebre, para criar artificialmente los fetos en un seno ficticio. Los cazadores que descarguen su escopeta contra una bandada de golondrinas, sufrirán la pena del que dispara contra un tren de viajeros: y sin previa declaración de guerra, no se podrá exterminar á la langosta.

Pero entre tanto llega ese buen tiempo, ¡qué amarguras, qué gastos, y cuán múltiples deberes esperan á los sensibles protectores! Al sorber el caldo, verterán lágrimas sobre la taza, considerando que beben la sustancia de una vaca pacífica y de una buena madre: cuando encuentren cachorros abandonados en la calle, habrán de recojerlos y criarlos con biberón á domicilio: los huevos que se venden en la plaza, incubarlos debajo

del sobaco, para evitar que se malogren en gérmen los volátiles presuntos que encierran en la cáscara. Predicarán á los cocheros de plaza la fraternidad con sus jamelgos, regalándoles veigas para que sustituyan á las trallas; intervendrán en las riñas de gallos en calidad de mediadores, y en las corridas de toros, pedirán que se lidien los de puntas con espadas y picas emboladas.

Como en toda clase de asociaciones y carreras, debe haber en la Protectora distintos grados ó categorías, segun los servicios que se presten y perfeccion que se alcance: á los simples asociados les bastará una templada benevolencia hacia toda clase de animales: parecerán arcas de Noé las casas de sus jefes inmediatos: pero la santidad, la suprema gerarquía, sólo podrá conseguirse renunciando al trato de los hombres, y alimentándose la gente de insensibles vegetales.

Tal idea tengo; al ménos, formada de esa institucion benéfica, que empecé á censurar al principio de mi artículo, y que ahora salúdo entusiasmado. La consideracion del egoismo é injusticia del hombre hacia los animales, me impresiona y me convence. El sanguinario recuerdo de las fiestas de San Martín, de Navidad y de Resurreccion, me estremece y espeluzna. Admite el hombre en sociedad á los animales domésticos, los engorda y acaricia, y abusando de la hospitalidad y de su confianza, los asesina y se los come. Esto es... faltar, como dice Fronto, en una de sus obras. El ayuntamiento de Madrid, corporacion de hombres honrados, apela al envenenamiento para disminuir la raza canina de un modo alevoso, bajo la forma de un obsequio.

—¿Qué haría V., decía un amigo mio en el café á uno de los asociados, si viera qué ofrecían á un perro la morcilla?

—Le gritaría... ¡no la comas!

—¿Y si el perro aceptase?...

—No lo sé; pero la Sociedad protectora está en su infancia y necesita mártires que la ilustren: tal vez yo sería el proto-mártir.

—Calle V., replicó indignado el otro: el día en que se instale la Sociedad, arrojo á mi gato por el balcon, y paso un oficio á la asociacion para que recoja y entierre su cadáver.

—¡No lo hará V!

—Lo veremos, señor protector de...

—Concluya V. la frase de nuestros antecesores en la tierra: de la nobleza más antigua del planeta; ¿qué era V. hace cuarenta años, señor mio? Un infusorio que coleteaba...

—El infurioso lo sería V.

Mediaron los amigos para evitar un lance. Quién sabe si en las guerras del porvenir ostentarán en sus banderas estos lemas dos ejércitos enemigos: ¡Guerra á las bestias!—¡Vivan los animales!

—¿Por qué no se inscribe V. en la Protectora? decían á un señor muy aficionado á los animalitos.

—Practico el bien á puerta cerrada, contestó. He reunido un mono, cinco perros, una pajarera, varios grillos, y he prohibido que se limpien las grietas de mi alcoba; carezco de gatos para no molestar los ratones... No puedo pertenecer á ninguna sociedad; tengo mis pobres.

—¿Estará la casa de V. llena de bichos?..

—Tuve que despedir á mi mujer, porque no cabíamos en casa.

La instalacion de la Sociedad protectora de los animales, es un progreso; un nuevo triunfo de la sensibilidad y una dilatacion, digámoslo así, de la beneficencia. Tal vez con el tiempo posea bienes; funde hospitales zoológicos, y casas de socorros; puede ser que algún día tenga un cementerio en que los animales descansan en panteones por familias, y acaso se trasladen á él con toda pompa los huesos del elefante Pizarro que yacen en el Parque de la villa.

Concluyo con dos hechos probables del pasado y del futuro.

No siempre han debido ser los animales objeto de menosprecio para el hombre. Cuando los babilonios supieron que Nabucodonosor había tomado forma de cuadrúpedo, es indudable que los animales tuvieron una época de gran consideracion, y que los carniceros se abstendrían de practicar su oficio, por no exponerse á cometer un regicidio. Qué de cortesías harían aquellos súbditos leales al encontrarse un oso en su camino: las mismas que haría Pelaez si tuviera que entrar en la jaula del leon para rizarle la melena.

Recomiendo á los asociados aquella época histórica para las citas de sus alocuciones y prospectos.

Y temo que, andando los tiempos, ocurra este episodio de órdén público.

La policía había oído, escuchando por el ojo de una llave, este diálogo terrible:

—Esta noche pondremos en libertad á los perros.

—¿A todos? Hay algunos peligrosos.

—Cuando se trata de hacer bien no caben excepciones.

En efecto, aquella noche estalló el motin. Hubo barricadas: corrió la sangre: el Gobierno venció la insurreccion afortunadamente, y expidió estos lelégramas:

«Motin sofocado. Promovióronlo individuos Sociedad protectora de los animales: su objeto era dar la libertad á las fieras del Retiro.»

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON.

SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS ANIMALES.

Ante todo debo manifestar que experimentaré profundo sentimiento si estoy en disidencia, respecto al modo de apreciar los beneficios de las sociedades protectoras de los animales, con un popular escritor y querido amigo mio, cuyos notables escritos han tenido ocasion de saborear todos los lectores de *El Globo*. Y digo si estoy en disidencia, porque no puedo creer que sean las verdaderas ideas en que abunda el aludido, las emitidas en su humorístico artículo, cuyo título es el mismo que sirve de epígrafe al presente. Y dicho esto, entro en materia.

Poseídos de la mayor alegría damos á nuestros lectores la noticia de estarse formando en Madrid una sociedad, cuyo fin es proteger á aquellos animales que, sin embargo de su reconocida utilidad para los racionales, estos los convierten en el objetivo de sus persecuciones.

Increible parece que un pueblo que se precia de civilizado careciera aun de institucion tan benéfica.

En todos los paises del Continente europeo y en no pocos de América, existen, há tiempo, de estas agrupaciones, existen leyes que acompañan á los seres irracionales, y se dan á luz publicaciones que sirven para difundir entre las personas poco doctas los conocimientos necesarios para apreciar el reino animal. En todas partes, repito, hay tratados especiales en los cuales se encuentra cuanto tiene relacion con el nacimiento, cría, costumbres, usos y beneficios de cada clase de animal, así

como tambien los daños que pueden ocasionar y los medios mejores de contrarestarlos. Esto hace que el perro, el gato, los ruminantes, la oveja, la cabra, los solípedos, las columbas, los gorriones, las gallináceas y otros animales insectívoros sean apreciados en su justo valor, y no se les haga objeto de la brutal persecucion que aquí sufren, cuya conducta sólo á la ignorancia puede atribuirse; suponer otra cosa sería hacernos en absoluto desnaturalizados.

Así, pues, el dia en que el pueblo conozca perfectamente todas y cada una de las bondades que ofrecen los distintos animales, arrepintiéndose de sus hechos pedirá se dicten leyes que los protejan, impidiendo por sí mismo, y por cuantos medios esten á su alcance, la ejecucion de prácticas tan repugnantes como las que hoy se presencian.

Ahora bien; hay personas de regular instruccion que, si no en absoluto, relativamente parecen desconocer la bondad de muchos de estos animales, cosa que hasta cierto punto podría sernos indiferente: pero es el caso que, poniendo en juego todo género de inventivas, tratan de generalizar sus absurdas creencias, y esto ya debe llamar nuestra atencion; pues aun cuando sea verdadera quimera semejante pretension, sin embargo, gracias al estado de ignorancia de nuestro pueblo, llegan á dificultar algo la difusion de sanos principios.

Imposible fuera que si este pueblo, que tanto goza presenciando una corrida de toros, supiera los males que á la agricultura causa la muerte de cada una de las reses que sirven, por espacio de ligeros momentos, para su solaz y recreo, no pidiera él mismo la abolicion de semejante espectáculo. Imposible tambien, que si tuviera conocimiento de la pérdida que es para la agricultura la muerte de un caballo, de un gorrion, de una paloma, en una palabra, de todos aquellos animales que, bajo cualquier concepto, constituyen un auxiliar del desarrollo de la produccion agrícola, persistiera en los destructores planes que contra los mismos forma.

Sepan, pues, todos los que en tal estado de ignorancia se encuentren, que para producir hermosos y bravos toros, dispuestos á sacrificar cabezas de ganado útil y aun vida de seres racionales, hay necesidad de consumir gran porcion de plantas forrageras, plantas que deben constituir el alimento de mansos

rumiantes y caballos, auxiliares poderosos y directos del agricultor.

No es posible sucumba ningun labriego que cuente con un par de cabezas de ganado vacuno; la leche, y la manteca y queso, sus derivados, así como la piel y las materias de consistencia córnea, contribuyen á ello. Los solípedos tambien desempeñan un papel sumamente importante, yá en el arado, rodillo, rulo, grada, segadora y otras máquinas, yá transportando cargas de uno á otro punto.

Los beneficios reportados por las palomas y pichones, son incalculables; pues además de proporcionar sólido alimento, facilitan una materia fecal de muy buenas condiciones, la *palomina*.

Las aves insectívoras, todas son de gran valor para el agricultor, encontrando en ellas un medio poderoso para la extincion de los innumerables insectos que, invadiendo el suelo y apoderándose de las raíces, raicillas, tallos y hojas, órganos de los vegetales, los destruyen por completo. Entre esa variedad, el gorrion es el que merece preferencia. En efecto, cada uno de estos volátiles hace un consumo de insectos tan considerable, que hasta el presente no ha sido posible calcular el número; por consiguiente, en aquel de los lugares que haya muchos gorriones, imposible será encontrar un solo insecto.

En corroboración de este aserto, vamos á citar un hecho que es por demás notable.

El Gobierno de una de las potencias europeas, estando en la creencia de que los volátiles de que hablamos eran granívoros, y, por consecuencia perjudiciales á la agricultura, decretó su extincion. Empero, este decreto tuvo que derogarse á los pocos meses, á causa de perderse en absoluto la cosecha de aquel año; la multitud de insectos que en los campos pululaba, concluyó con todos los cultivos.

Muchas otras consideraciones podríamos hacer sobre las inmensas ventajas que proporcionan los distintos animales, no ya sólo al habitante de las regiones agrestes, sino á todo el mundo en general; pero creemos que lo dicho baste para hacer perder la fuerza que puedan encerrar, si es que alguna encierran, los diferentes argumentos presentados en contra de institucion tan científica y humanitaria, como la *Sociedad protectora de los animales*.

Ahora bien, para consuelo de todas aquellas personas aman-

tes del progreso y de la civilizacion, diremos que son muchos los que diariamente acuden á inscribirse como socios.

Tanto el libro de inscripcion como el reglamento, encuéntranse en esta capital, calle de Valverde, 8, principal.

Para terminar hemos de decir, que no dudamos de que esta sociedad hará extensivos sus beneficios al reino vegetal; es decir, que se constituirá desde luego, bajo el título de *Sociedad protectora de los animales y de las plantas de Madrid*; y decimos esto, porque estamos seguros de que no se ocultará á la ilustracion de las dignas personas que componen la Junta Directiva, lo indispensable que se hace hoy día proteger á las distintas plantas, ya sean herbáceas, arbustivas ó arbóreas, si queremos que no desaparezcan: tal es el grado de desarrollo que entre nosotros ha alcanzado el espíritu destructor.

LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

Sr. D. Luis Alvarez Alvistur.

Mi muy querido amigo: Aunque no cita usted mi nombre, me he creído benévolaente aludido por usted en su último artículo inserto en *El Globo*. Aprovecho la ocasion de echar un párrafo con persona tan ilustrada, acerca del beneficio que puede reportar Madrid con la creacion de la *Sociedad Protectora de los animales*, que usted quisiera hacer extensiva á las *plantas*, lo cual es un punto ménos que proteger á las piedras de la calle. Tengo el disgusto de disentir con usted en este asunto, creyendo completamente inútil la asociacion que se proyecta; no veo motivo para el júbilo que manifiesta usted al anunciarla; pero esperaba su aparicion de un momento á otro, porque, estando establecida ya en países extranjeros, no podíamos ménos de apresurarnos á introducirla, con esa actividad con que adoptamos toda novedad que no nos hace falta para nada.

Desde luego confieso á usted que, mientras existan personas sin amparo, creo conveniente y poco noble desahogar los instintos benéficos en provecho de las bestias: los caudales que en esas asociaciones se invierten, me parecen pan quitado á los pobres para echárselo á los perros. Mucha lástima me causa el caballo viejo que sale á la plaza de los toros; pero mi corazon siente un dolor de carácter más elevado, cuando veo á un anciano sin fuerzas que se muere de hambre en su bobardilla. En vez de un

adelanto moral, creo un atraso lamentable volver la espalda á los dolores humanos, para dedicarse á mitigar el dolor físico del bruto: es una aberracion del sentimiento; más aún, y dispense usted la dureza de la frase, es embrutecer la caridad.

Ninguna persona de sentimientos delicados maltrata á un animal: cultívese el entendimiento de las clases ménos ilustradas, y resultará de su mayor cultura, más suave la dependencia natural de los animales hacia el hombre; pero es altamente escandalosa y ofensiva á la dignidad humana, una sociedad destinada á proteger á los animales contra el hombre. Pueden las leyes imponer castigos al que destruye animales útiles, ó les produce daño que redunde en perjuicio general: la ley entónces castiga al individuo en defensa de la sociedad. Pero allí donde se castiga al individuo que maltrata al animal, sin que la conveniencia pública justifique el castigo, si esto significa un acto de proteccion á las bestias contra un miembro de la sociedad, la ley se extralimita, y como si intervinieran animales en su redaccion, extiende su influencia y su amparo hacia los irracionales, á los cuales identifica con el hombre. Llama, por ejemplo, al caballo y al hombre á un juicio de faltas, para dar la razon al caballo. Más aún: suponiendo que en un mismo día todos los hombres se hiciesen culpables de mal trato hacia las bestias, la ley encarcelaría á toda la humanidad, para que los animales disfrutasen libremente de la tierra, abdicando el género humano su soberanía en obsequio de los brutos. Así es que las leyes que usted cita, señor Alvistur, no me entusiasman, y las rechazo en principio, por decoro humano, y las tengo por bárbaras, ridículas y absurdas.

¿Quiere V. un ejemplo más concreto? Es lícito degollar á un carnero y comérselo despues: el legislador más afecto á los animales y el presidente mismo de la Sociedad Protectora, lo hacen sin el menor remordimiento: figúrese V. al mismo tiempo, que se impone una pena cualquiera al que da de palos á un carnero. Aplicando este procedimiento á la legislacion nuestra, resultaría esta singular jurisprudencia. No es lícito maltratar á un hombre; pero es un acto indiferente degollarle y comerse su cadáver.

Hechas estas observaciones, claro es que rechazo hasta el título de la *Sociedad protectora de los animales*, que considero indigno de una agrupacion de personas ilustradas, y aun mera-

mente de personas sin ningun calificativo. ¿Quieren Vds. proteger á la agricultura y á las industrias, de que son auxiliares esos animales? Pues favorezcan Vds. al labrador y al industrial, no á sus instrumentos. ¿Se siguen perjuicios á la sociedad humana con que sean maltratados tales ó cuales animales? Pues hablen Vds. en nombre de la sociedad, y no se conviertan en abogados de los brutos. El perro, el gato, los rumiantes y las aves que Vd. cita, no son más dignos de consideracion que el lobo, el oso y la víbora, en cuanto animales; y sin embargo, claro es que los primeros merecen ser cuidados, y lo son realmente por los servicios que prestan al hombre, persiguiéndose á los otros por el perjuicio que le causan. Luego si el objeto de Vds. es ser útiles y contribuir á los fines de la sociedad humana, ¿á qué toman la proteccion de los animales?

Confiesen Vds. que los beneficios de la *Protectora* á los pueblos en que se establece, son, por lo ménos, vergonzantes é indirectos. Mejor aun: digan Vds. francamente la verdad: declaren su atrevido pensamiento: los animales son séres sensibles y dignos de compasion: la ternura humana, rebasando el cáuce de sus afectos naturales, necesita nuevos objetos de amor. Y dicen Vds. congregando á ciertas especies de animales:—«Venid á nosotros; el pabellon de la *Protectora* os defiende, hijos de la naturaleza. Fraternalizad con los humanos.»

La verdad es que no acierto á explicarme lo que Vds. se proponen: por un lado me parece el pensamiento una exageracion democrática, que no satisfecha de la igualdad legal entre los hombres, pretende que participe el animal de todas las ventajas sociales. Por otra parte, sospecho que su intencion es conservadora, y que tratan Vds. de reforzar la familia, tratando á los animales domésticos como hijos. A veces me inclino á creer si la metempsicosis ó el espiritismo ejercen influencias misteriosas en el ánimo de los socios. La verdad es, que para quien cree infundida en los animales un alma racional, acaso la de un amigo difunto, debe ser escrúpulo de conciencia no guardarles todo género de consideraciones. ¿Quién se atreve á dar morcilla á un perro, en la duda de si fué ántes un pariente próximo?

Por otra parte, no creo que los socios tengan esas dudas: usted se manifiesta partidario del gato y del gorrion, que devoran ratones é insectos, dañinos para el hombre, pero altamente apreciables para la creacion. Luego la proteccion se reduce á

los animales que son útiles; entonces, amigo mío, crea usted que las ventajas que reportan esos animales, son sus mejores defensoras: la vaca que constituye la riqueza del labrador, el ganado que da de vivir al arriero y los demás animales de que el hombre se sirve, tienen en sus dueños excelentes protectores, y no hay necesidad de que ustedes se reúnan para que sus poseedores procuren conservarlos, como no es preciso ninguna sociedad para que los caseros cuiden de sus fincas. En cuanto á los animales libres ya tenemos la ley de caza y pesca. Respecto á la supresion de las corridas de toros... seria conveniente; pero nunca en nombre de los animales, sino de la humanidad, por las desgracias que ocasionan.

Créalo usted, querido amigo; esa asociacion que considera un adelanto, no lo es; y desde luego causa el notable perjuicio de hacer perder el tiempo á personas que, como usted, lo emplean con tanto fruto en tareas mucho más importantes.

Soy siempre su afectísimo amigo,

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

Sr. D. José Fernandez Bremon.

Mi muy querido amigo: Habiendo merecido mi humilde escrito sobre la *Sociedad protectora de los animales* la distincion de ser contestado por persona de tanta valía como V., me creo en el deber de corresponder, aunque para ello tenga que ocupar el tiempo destinado á trabajos de producto material. Si yo estuviera en iguales circunstancias que usted, tendría sumo gusto y especial empeño en prolongar una discusion que me parece no habría de ser del todo infructuosa; pero encontrándome en muy diferentes condiciones, me veo precisado á cerrarla con el presente.

Decía en mi artículo que ha motivado el suyo titulado *Hombres y animales*, que desearía se hiciesen extensivos los beneficios de la *Sociedad protectora* á las plantas, porque de lo contrario, y dado nuestro espíritu destructor, veríamos desaparecer, una tras otra, todas aquellas que, ora por la utilidad que nos reportan, ora por recrear nuestra vista, deben conservarse.

Pues bien; este deseo, contra el cual no encuentro argumento posible, parece que no está en armonía con el modo de pensar de V. Francamente, amigo Bremon, en esta ocasion me he lle-

vado chasco; pues que tenía seguridad de que, lejos de haber divergencia, estaríamos perfectamente conformes.

Si profundo hubiera sido mi sentimiento al saber que no apreciaba V. en su justo valor los beneficios de la *Sociedad protectora de los animales*, figúrese usted cuál habrá sido éste, al ver que la considera como completamente inútil. Si en España nos apresuramos á imitar toda novedad implantada en el extranjero, es porque no marchamos en el camino del progreso al igual de las demás naciones civilizadas. Por lo demás, amigo Bremon, ¡quiera Dios que no traigamos á nuestro país institucion peor que la *Sociedad protectora de los animales*! La agrupacion que con igual nombre se halla establecida en la culta ciudad de Cádiz, justifica nuestro deseo. Tómese la molestia el Sr. Bremon, de registrar cuántos beneficios ha llevado á cabo tan humanitaria asociacion, honra de nuestra patria, y seguramente no podrá ménos de declararse uno de sus más entusiastas defensores; suponer lo contrario, sería hacer muy poco favor á persona tan digna por todos conceptos como el Sr. Fernandez Bremon. Si en otros tiempos nos hemos podido lamentar de falta de caridad, lo que es hoy, y por fortuna nuestra, no creemos haya razon para ello; pues ya en establecimientos públicos, ya cada individualidad de por sí, en todas partes se ejerce. No tenga usted cuidado, que por más proteccion que se dispense á los animales, los séres racionales nunca quedarán en el desamparo.

Es una verdad, ó por lo ménos debe serlo, que ninguna persona de sentimientos delicados maltrate á animales indefensos; pero tambien lo es, que á causa de nuestra falta de instruccion, son muchas las que no abrigan estos sentimientos, y por consiguiente que merecen la aplicacion de las leyes porque yo abogo y abogaré. Y esto se hace tanto más necesario, cuanto que la generalidad de los que tienen á su cargo animales, son personas que en nada les interesan.

Aplaudo, y cómo no he de aplaudir su parecer, de que se cultive el entendimiento de las clases ménos ilustradas; pero mientras esto se consigue, ¿es justo, es humanitario, que los animales que tengan la desgracia de caer bajo su dominio sean el blanco de sus ferocidades? No, Sr. Bremon, la justicia y la humanidad no lo consienten. La *Sociedad protectora de los animales*, querido amigo, no tiene por objeto proteger á los séres irracionales contra los racionales. Esta benéfica institucion, sólo reconoce

por fin librar á los animales indefensos del abuso de superioridad que sobre ellos pueda ejercer el hombre falto de instruccion, abuso que ha de irrogar graves perjuicios á la sociedad en general.

Tomando en consideracion el ejemplo del carnero, le diré, que el degollarle es una necesidad para los hombres, y esta es una prueba bastante evidente de lo que acabo de decir; mientras que el darle de palos no responde á ningun fin, como no sea al de martirizarlo. Es más; esta res apaleada, es muy posible que en su día ni aun para alimento nuestro sirviera.

Ahora bien; si cuanto más vigorosos son los caballos, bueyes y demás animales que el labrador emplea en sus labores, son estas mejores, es claro, que para proteger la agricultura, hay que empezar por cuidar que no sean maltratados ni agobiados por el excesivo trabajo, los solípedos, rumiantes y otros auxiliares. De la misma manera, si á medida que se producen mejores lanas, mantecas y quesos, crece la importancia de las industrias de la lana y de la lechería, claro es que para protegerlas habrá necesidad de prodigar todo género de cuidados á los animales productores de las materias citadas.

Respecto de lo que dice V. del perro, el gato, los rumiantes, las aves, etc., y los lobos, osos y víboras, únicamente le contestaré, que si todo el reino animal—hablo de los irracionales—fuera como estos últimos, entonces sí que estaría de más la institucion que defiende: el lobo, el oso y la víbora no necesitan para nada de nuestra proteccion.

Extrañame, amigo Bremon, me diga V. que á veces cree que el espiritismo ejerce influencias misteriosas en el ánimo de los socios de la *Protectora de los animales*, siendo así, que en varias de nuestras conversaciones particulares le he manifestado mi modo de pensar en este punto; y aun cuando puede haber en la Sociedad individuos espiritistas, debo decirle, sin embargo, que la mayoría de los que yo conozco son más bien materialistas.

Admito la utilidad relativa de los insectos que sirven de alimento á los pájaros. La de los roedores, la niego en absoluto.

Tampoco puedo admitir que las ventajas ofrecidas por los distintos animales sean su mejor defensa. Debiera serlo; pero por desgracia se sabe muy bien que hay dueños de ganado que, aun cuando no lo maltratan, lo cual á veces suele suceder, le

exigen una cantidad de trabajo que está muy léjos de guardar proporcion con su alimento y descanso.

La tierra misma nos presenta ejemplos de esto: hay agricultores que sólo desean sacar de sus propiedades grandes productos, sin que les preocupen los medios de que hayan de valerse para conseguirlo.

En cuanto á la ley de caza, sólo he de decir que deja mucho que desear y que celebraré no se demore su reforma.

En medio de mi disgusto por nuestro disentiimiento, crea usted, querido amigo, que me alegra verle partidario de la supresion de las corridas de toros, aunque no de una manera tan franca como yo hubiera deseado.

En cuanto á la verdadera causa que debe motivar la supresion del brutal espectáculo, despues de lo dicho, creo que todo el mundo no sólo la encontrará en las desgracias personales que acarrea, y que es la única que V. reconoce, sino tambien en las de los séres irracionales.

Por lo demás, y para concluir, le diré, que habiendo demostrado que por medio de la proteccion de los animales se llega á la de los séres racionales, no me parece pueda decirse que se pierda el tiempo trabajando en pró de institucion tan noble y útil como la *Sociedad protectora de los animales y las plantas*.

Siempre su mejor amigo,

LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

EL PAPEL.

La invencion del papel de pasta es uno de aquellos descubrimientos cuya gloria pertenece á los pueblos del extremo oriente. Se cree que á principios de la era cristiana ya sabian utilizar para la fabricacion de este artículo, la seda, la lana, el algodón y aun la corteza de algunos árboles.

Hacia el siglo X los árabes trajeron de Asia á Europa el secreto de la fabricacion del papel, y establecieron fábricas en España. Despues las establecieron tambien los griegos y los venecianos.

Los príncipes normandos de Nápoles y Sicilia empleaban para sus diplomas papel de algodón, cuyo uso se observa tambien en Francia en el onceno siglo. Por esta época se empezó á fabricar el papel de lino, y la industria papelera se extendió en breve por toda la Europa occidental.

La invencion de la imprenta dió naturalmente á esta industria un desarrollo extraordinario. Además del consumo directo de los impresores, los progresos de la industria aumentaron rápidamente el número de pequeños consumidores. Por desgracia el papel costaba bastante caro para que su fabricacion pudiese desarrollarse libremente, y los procedimientos empleados entónces eran por demás imperfectos. Pero en 1799, un empleado de la fábrica de Essonne, Luis Robert, ideó la máquina de produccion continua, que fué el punto de partida de una verdadera revolucion industrial.

El inventor obtuvo un premio de 8.000 francos y un privilegio de invencion gratuito que vendió á M. Leger-Didot, el cual fué á explotarle á Inglaterra. M. Berthe, en 1812, y M. Maupéou, en 1823, restituyeron á Francia la fabricacion mecánica, perfeccionada por la aplicacion del vapor.

Posteriormente otros muchos perfeccionamientos han aumentado la rapidez del trabajo y la baratura de los productos.

M. Gladstone enumeraba ante el Parlamento inglés, hace ya diez años, 69 industrias diferentes, que hacian un consumo constante de este artículo, no comprendiendo la escritura, la imprenta, el embalaje y alguna otra. El papel, en sus diferentes condiciones, es empleado por los sombrereros, los zapateros, las floristas, los ópticos, los fotógrafos, los fabricantes de juguetes, de objetos ortopédicos, etc. De él se hacen techos y hojas de puertas, y se ha intentado hacer carruajes, ruedas de locomotora, barricas, etc. Ciertos artículos de lujo, como cofrecitos, joyeros, bandejas, fruteros y otros productos llamados del Japon, tienen por base esta sustancia. Por último, ha empezado á ser de utilidad en la *toilette* convertido en cuellos y puños, y hasta en camisas y trajes, como sucede en los Estados Unidos.

De algunos años á esta parte la escasez de trapo ha obligado á los inventores á buscar sustancias que puedan servir de primera materia á la fabricacion del papel.

Se ha reconocido que toda fibra vegetal, larga ó corta, que reuna ciertas condiciones de elasticidad, puede suplir al lino y al algodón. Citaremos, entre los vegetales más propios para este objeto; el esparto, el yute, el *phermium tenax*, la caña de azúcar, el bambú y la palmilla. Utilizase tambien la madera molida y la paja preparada en caliente y bajo presion, por medio de la sosa cáustica; pero el papel que se obtiene por este sistema es de clase bastante inferior.

El esparto, que hemos colocado en primera línea, presta un gran servicio á la industria papelera, con especialidad en Inglaterra, donde se importa más de 200.000 toneladas al año, principalmente de España y Argelia. Así es que el quintal de esparto, que en 1870 se pagaba á 7 ú 8 rs., se paga hoy de 28 á 30.